

EFFECTO DESTAPE

Crónicas de abuso sexual

Magdalena Vitale Morillo y Dolores Ferré



EFEECTO DESTAPE

Este libro corresponde al Trabajo Integrador Final de nuestra Licenciatura en Comunicación Social con orientación en Periodismo.

El arte de tapa es obra de Yamila Yjilioff.
Maquetación por Juana Luna Tammone.

Escrito entre 2019 y 2020 en La Plata.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

EFEECTO DESTAPE

CRÓNICAS DE ABUSO SEXUAL

Dolores Ferré | Magdalena Vitale Morillo

Dirección: Cynthia García
Co-dirección: Marianela García

PREFACIO

Sí, queremos contar que sí, que para nosotras en un principio también nos fue fuerte leer el subtítulo: “Crónicas de abuso sexual”. Mientras hacíamos este trabajo mucha gente nos dijo “¡uf, qué tema!” o “¿no había algo más tranqui?”. Seguramente podríamos haber hecho algo “más tranqui” o menos doloroso, pero elegimos meternos en el barro porque creemos que de eso se trata hacer periodismo. Pusimos en escena historias que sabíamos que iba a ser un desafío poder narrar, pero aún así elegimos hacerlo por el simple hecho de que son reales. Las mujeres convivimos con el temor a ser abusadas; eso es una realidad y de eso hay que hablar.

Decidimos escribir sobre abuso sexual, escuchar a mujeres que llevan años tragándose sus historias porque incomodan y porque duelen, para finalmente crear este material que, queremos decir, fue una de las experiencias más enriquecedoras que atravesamos en la vida. Es que el feminismo genera eso, nos obliga a meternos en territorios incómodos y contradictorios para transformar todo ese dolor en motor de

cambio, para sacar de esos lugares experiencias transformadoras y tejer redes entre nosotras.

Efecto Destape nace como respuesta a un momento particular de Argentina en el que no sabemos si hay o no más violencia de género que antes, pero estamos seguras de que sí es menor el silencio frente a ella.

Desde el primer “Ni una menos” las mujeres en las calles marcaron un antecedente en nuestro país y, a partir de entonces, el feminismo trascendió lo imaginable. Como dice la socióloga feminista Maristella Svampa, “el movimiento de mujeres es algo más que un movimiento social, es la sociedad en movimiento”.

Fue la marea verde, fueron los Encuentros Plurinacionales de Mujeres, fue la discusión incesante de la Ley de Educación Sexual Integral, incluso la lucha de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Fueron aquellas que dedicaron sus vidas a reclamar por nuestros derechos y también las compañeras que fuimos perdiendo en el camino, más las sesenta y ocho mujeres que murieron en nuestro país en lo que va del 2020. Todas ellas son parte de este libro. Porque fue hecho con amor a la sororidad, porque busca reproducir y retratar el empoderamiento que emergió y que está presente en

la decisión de muchas mujeres de ya no callar más, de salir a las calles para conseguir cada día más derechos.

En este último tiempo, la falta de justicia, de prevención y de concientización respecto al abuso ganó una amplia visibilidad a través de las redes sociales y el uso de internet. La denuncia pública de Thelma Fardín, apoyada por el colectivo de Actrices Argentinas, hizo eco en la historia de muchas mujeres que vimos reflejadas nuestras propias experiencias. Desde entonces, el “escrache”, que surgió frente a las deficiencias de la Justicia y la falta de políticas públicas por parte del Estado, se estableció como una herramienta discursiva no hegemónica.

Efecto Destape no hubiese sido posible de no ser por las compañeras que eligieron poner a disposición sus testimonios en pos de generar un material con perspectiva feminista. A ellas les dedicamos este trabajo.

Atravesadas por nuestras historias personales, y por las de miles de mujeres de nuestro país, creamos como Trabajo Integrador Final de la carrera este material que anhela ser un pequeño testimonio de época, de la visibilidad cada vez mayor de los reclamos de las feministas que soñamos, y de a poco lo vamos consiguiendo, con intervenir y transformar la sociedad.

A Cynthia Díaz, a Marianela García, a Juana Tammone, a Yamila Yjilioff, a Esteban Galeano, a las protagonistas de estas páginas, a nuestras familias y amigxs que nos acompañaron en este proceso y, sobre todo, a la universidad pública, gratuita y de calidad que nos permite hoy recibirnos en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. A todxs ellxs, gracias.

ACLARACIONES

Porque entendemos que la manera en la que nombramos al mundo construye sentido, creemos necesario aclarar ciertas decisiones que afectaron a la escritura de estas crónicas.

En primer lugar, hicimos uso de la “x” para no reproducir el lenguaje sexista y el binomio hombre-mujer; solo mantuvimos el relato intacto cuando aparecían las voces de los abusadores.

Por otro lado, la palabra *víctima* aparece en itálica a lo largo de todo el texto, ya que la mayoría de las mujeres entrevistadas consideran haberse sentido así en algún momento de sus vidas. Reconocerse como *víctimas* respondía a la necesidad de no negar lo que pasó en sus cuerpos. Sin embargo, hoy ya no se perciben como tales, por lo que no llamar la atención sobre la palabra podría ser contradictorio y revictimizante.

Por último, aclaramos que, por decisión de ellas, todos los nombres y los espacios físicos que se mencionan en las

historias fueron modificados con el fin de resguardar sus identidades.

Lo que nosotras sabemos



—Preferiría que estés loca antes de que esto sea verdad.

Las palabras de su mamá quedaron resonando entre las paredes de la comisaría N° 4 de La Plata, mientras esperaban que las llamaran a declarar.

A Carla siempre le pareció difícil hablar con Cristina. En su adolescencia usaba Instagram para ver fotos de mujeres, casi todas blancas con cinturas esqueléticas exhibiendo vestidos de tela europea y piernas largas sin pelos ni estrías. Su mamá había sido modelo por muchos tiempo. “Ayer me metí un cepillo de dientes para intentar vomitar pero no pude”, le contó un día con quince años, pero la mujer miró a su hija a los ojos, se dio media vuelta y hasta el día de hoy la bulimia nunca formó parte de sus conversaciones.

Carla buscaba llamar la atención. “Había algo que me pasaba en el cuerpo y que de alguna forma lo quería contar”, reflexiona hoy en el comedor de su casa con un mate entre las manos.

Estaba sentada en un banco del patio la tarde en que su cuñado le preguntó: “¿Cómo te llevás con el novio de Cristina?”. “Quise responderle y enseguida me quebré. Él fue el primero en saberlo. Yo tenía dieciséis, desde los abusos más fuertes ya había pasado un año y Marcelo todavía vivía acá en casa. Nunca había contado nada, tenía miedo de que pensarán mal de mí”, cuenta.

Su silencio resuena en eco en la historia de muchas. Es que el miedo existe, de ser culpable, de que no te crean, de que, creyéndote, el abusador siga siendo amigo de tus amigos, o el mismísimo novio de tu mamá. Miedo de que de repente tu familia y todo lo demás se vaya a la mierda. ¿Para qué contarlo? Como si Carla no hubiera querido convertirse en la culpable de angustiar a sus propios seres queridos, se calló porque se repetía: “sin saberlo están mejor”.

Carla estudió Trabajo Social un tiempo y ahora cursa en la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional de La Plata. Aunque tiene veintidós años, sus facciones delicadas

y su mirada amable, casi tímida, la hacen parecer más chica de lo que es.

Vive en el casco urbano platense, en La Loma, un barrio tranquilo, siempre y cuando no haya un recital o un partido de fútbol en el Estadio Único, a cuatro cuadras de su casa. Por las tardes suele pasear a sus dos perros, y hace un tiempo empezó a hacerlo también por las noches; es que cuando el país discutía si continuar o no con el proyecto neoliberal de Cambiemos, la campaña electoral de octubre de 2019 le regaló a su barrio un poco más de iluminación.

Carla aún vive en la casa de su mamá, en la que se crió con sus hermanxs y en la que convivió desde sus diez hasta sus dieciséis con Marcelo Giménez, médico especialista en Diagnóstico por Imágenes del Hospital Rossi y ex pareja de Cristina. Era un hombre de cuarenta años, alto y con espalda ancha. Sus ojos verdes eran grandes igual que su nariz, que su barbilla partida y que su calvicie. Era común que paseara con su ambo blanco por la casa y que en cualquier mueble o cajón guardara remedios. Durante esos años de convivencia la familia fue muy pocas veces a una consulta médica. Es que no importaba si tenían conjuntivitis, dolor de muela o si ese día sólo sentían un poco de tristeza; ellxs tomaban lo que él les daba.

En su adolescencia Carla cambió cinco veces de colegio secundario, se sentía una especie de sapo de otro pozo. “¿Y si el problema era yo?”, se cuestiona hoy; pero antes pensaba que era al revés, que el problema estaba en todxs lxs demás, en parte porque Marcelo siempre le decía que ella era especial, que era mejor que su hermana, que le pasaba el trapo a todas.

Hace unos años empezó a vincularse con el movimiento feminista. “Es porque sos adolescente, ya se te va a pasar” le decía su papá. “Vos estás en contra de todo porque sí”, se acuerda que le decían sus abuelxs en almuerzos familiares. Pero con un texto de Malena Pichot que describía qué era el feminismo, supo que no era sólo “porque sí” y encontró la palabra exacta para su enojo: patriarcado.

En Argentina, el feminismo se fue fortaleciendo y encontró su gran auge el 3 de junio de 2015 con la primera marcha “Ni Una Menos”, contra la gran cantidad de femicidios, que antes de 2013 eran tratados por los medios de comunicación como crímenes pasionales, explicándolos como el resultado del amor y la pasión.

“¡Basta de femicidios!” “¡Ni una menos!” “¡Vivas nos queremos!”. Los emblemas que empezaron a circular por el

país ganaron voz y representación en las manifestaciones. “El mundo las está mirando a ustedes, los paros y las marchas que están haciendo en Argentina y en Chile”, dijo la filósofa norteamericana y referente mundial del feminismo, Judith Butler, en una charla organizada en abril de 2019 en la Universidad Nacional Tres de Febrero.

Me acuerdo de esa vez que íbamos camino a un tenedor libre en Quilmes, “El Histórico”, que es una especie de galpón con cuadros de monumentos europeos y Chevrolets de los ‘40. Viajábamos por la autopista, en ese entonces yo no conocía mucho los Rolling Stones y Marcelo puso un disco; él quería que me gustaran entonces supuestamente cantaba las todas letras para que me las aprendiera. Ese día yo iba sentada adelante en su Gol negro y mi mamá atrás y en un momento empezó a sonar la canción “Angie”. Se me acercó y me empezó a susurrar la letra al oído “Let me whisper in your ear, Angie, Angie”. A mí me daba mucha vergüenza, me puse roja, y mi mamá desde atrás se reía.

Cuando llegamos al restaurante paramos el auto sobre la Avenida Mitre y Marcelo me dijo que bajara con él a pe-

dir mesa. “Si hacemos que somos pareja nos la dan más rápido, hasta nos van a cobrar más barato porque con esas calzas estás hecha una bomba”, me dijo antes de entrar. Yo tenía doce años.

Si bien identifico que hubo una semana, del 12 al 20 de enero de 2013, en que el abuso fue más explícito, tengo recuerdos de situaciones fuertes desde que lo conocí. De más chica yo tenía un poco la obsesión de verme bien, de estar flaca; capaz tenga que ver con que mi mamá había sido modelo durante muchos años. Me acuerdo que una vez me puse una pollera corta y unas medias negras; cuando me vio me dijo “Naaa, no me hagas esto” y revoleó los ojos hacia el techo. Ya estaba cansada de esos comentarios, así que fui y me cambié la mini por unos joggins y pantuflas. Cuando me volvió a ver le gritó desde el living a mi mamá, que estaba en su pieza “¡Cristina! ¿Por qué tu hija se cambió esa ropa de perra que tenía?”.

Me repetía que era hermosa todo el tiempo, que tenía un re cuerpo, y en ese momento para mí era lo mejor que podía escuchar. Me comparaba con el resto y me decía que yo era mucho mejor. Así terminé alejándome mucho de mi entorno más íntimo y de compañeras de mi edad. Entre otras cosas, dejé de ir a mi psicóloga por las mentiras que me decía so-

bre ella. Por ejemplo, que le contaba todo a mis xadres, que no respetaba el secreto profesional.

Me acuerdo de muchas cosas. Por ejemplo, de una vez que había ido al dentista y fui hasta la cocina gritando “Má, ¿cómo era que me tengo que cepillar?”. Y cuando lxs vi, estaban contra la bacha del lavaplatos besándose. “¿Qué pasa Carla?”, me preguntó él. “¿Vos también querés?”; se me acercó, se puso en cuclillas y me dio un beso en los labios. Fue muy raro para mí, pero los miré a lxs dos y se estaban riendo. Entendí que había sido un chiste y yo también me reí.

Cuando mi mamá me acompañó a denunciar a Marcelo él todavía vivía en casa. Ahí recién se separaron y ella estuvo mucho tiempo deprimida, no sólo por eso sino por la abstinencia de somníferos y, como me enteré hace poco, también de cocaína. Todavía no entiendo por qué mi mamá me contó esto a mí, pero me dijo que entre tanto remedio que él le facilitaba se terminaban drogando juntxs y que cuando ella entraba en una demasiado pesada le daba otras pastillas, supuestamente, para que dejara de consumir.

Las miradas, los roces, todo fue aumentando hasta llegar a la semana del 12 al 20 de enero de 2013. Durante esos días, sus hermanxs se habían ido de viaje, su mamá se probaba para un nuevo trabajo de ocho a cuatro de la tarde y ella se quedaba sola en su casa con Marcelo, que le mostraba canciones, le prometía sueños, recitales, viajes por Los Ángeles persiguiendo músicxs. “Decía que si lo seguía iba a triunfar, que me iba a ir re bien en la vida. Me pintaba todo mágico. ‘Sí, sí, claro’, yo le tomaba el pelo, pero en realidad me lo creía” recuerda.

Hacia poco que Carla había vuelto de vacacionar con sus amigas en Claromecó, una localidad balnearia de Tres Arroyos, al sur de la provincia de Buenos Aires. Ella tenía quince años y, entre las compañeras de su edad, la virginidad era una preocupación, algo que había que sacarse de encima.

—¿Estás bien? Te veo triste —le preguntó Marcelo una tarde, merendando en el comedor.

En ese entonces, ella tenía más confianza en la pareja de su mamá que en la mayoría de la gente. Sus charlas funcionaban como su zona de confort, el lugar donde podía sentirse más grande, una mujer.

Carla le contó que en el viaje había tenido sexo por primera vez y le relató con angustia los detalles, que no lo había disfrutado, que incluso no había sentido nada.

—Fue un bajón, soy una boluda. El chabón acabó rápido y se fue.

Marcelo se levantó de la silla, estaba indignado.

—¡No puede ser que los pibes de ahora no sepan cómo tratar una mujer!

Carla lloraba, con vergüenza.

El hombre fue a la cocina y agarró un neceser con medicamentos.

—No llores, tomá, esto te va a hacer sentir mejor —le dijo.

Ella agarró la pastilla blanca y la tragó sin saber qué era, mientras el hombre sacaba una pequeña bolsa de un cajón de la alacena y empezaba a enrollar lo que parecía un cigarro. Lamió una de las solapas del papelillo.

—Necesitás relajarte ¿Fumaste esto alguna vez? —le dijo extendiéndole el porro.

Ella nunca antes había probado marihuana y tosió con la primera entrada de humo.

—Vení, vamos a tu cuarto y te hago unos masajes así te relajás.

Siguió a la pareja de su mamá hasta su habitación.

La pared del fondo estaba cubierta con imágenes de Aerosmith, Sui Generis y Eruca Sativa que Carla descargaba de internet e imprimía en hojas A4. En ese mural en el que depositaba todos sus sueños de ser una estrella rockera, entremezclaba las fotografías de lxs músicxs con otras suyas, vestida con jeans tiro alto, camperas de cuero y tachas.

—Acostate.

Marcelo se acomodó sobre el acolchado rojo, le corrió la bombacha y se la empezó a chupar.

Durante esa semana, Carla vivió entre la mezcla de un par de medicamentos y las palabras de un hombre que le pedían mantener todo en secreto. “Estas son cosas que pasan hasta en las mejores familias, es responsabilidad de los dos que nadie lo sepa”, le decía.

Cuando su mamá llegaba del trabajo volvía todo a la “normalidad”. Durante ese fin de semana Cristina armó la mesa de almuerzo en el patio, bajo el sol del mediodía, pero su hija no tenía hambre.

“Vos dejame a mí, yo le sirvo que sé lo que le gusta ¿no?, me acuerdo que me dijo una vez clavándome la mirada”. Carla intentaba convencerse de que todo estaba siendo un sueño muy malo, un sueño muy de mierda. Pero la culpa y el asco que sentía eran demasiado reales como para pensar que era todo invento de su mente.

“Hizo lo que quiso conmigo, hasta que un día de esa misma semana me invitó de nuevo a hacerme masajes y le dije que no. Después de un rato de tironearme del brazo e intentar llevarme a la cama, me soltó”, dice.

Desde esa vez nunca más volvió a llevarla a su cuarto ni al de su mamá. Pero sí siguieron episodios de manoseadas a escondidas, comentarios encubiertos frente a la familia, miradas buscando complicidad.

“A veces decía que conmigo tenía un secreto. En medio de una cena me miraba fijo y me decía ‘es por *lo que nosotros sabemos*’ y se reía”.

El médico del Hospital Rossi, pareja de Cristina y abusador de Carla, vivió en su casa un año más hasta que ella pudo contárselo a su cuñado, una tarde en el patio. Después de eso, solo le quedó esperar unos días, hasta que su mamá decidiera echarlo.

En 2014, Carla fue con su familia a hacer la denuncia a la Comisaría N°4 de La Plata. “Yo no me sentía preparada para hacerla, fue mi papá el que insistió. De todas formas, todxs declararon menos yo, porque como era menor me pedían una pericia psicológica. Esperé la citación hasta que, cuando cumplí los dieciocho, me dijeron que habían archivado la causa. Me sentí frustrada sin saber qué hacer y justo en esa época, en 2016, se hizo un escrache en mi facultad que me impactó mucho”.

En noviembre de ese año, las calles del centro y la Universidad Nacional de La Plata estuvieron empapeladas con las caras en blanco y negro de cinco jóvenes. Mujeres militantes de una organización que perfilaba ganar el centro de estudiantes de Trabajo Social, habían escrachado a varios de sus compañeros y referentes por violencia de género días antes de las elecciones. La agrupación se disolvió y muchxs docentes, directivxs, alumnxs de la UNLP quedaron paralizados. “Las pibas contaban distintas anécdotas, acusando a sus compañeros de abusadores, de violadores y de golpeadores. Eran todos alumnos de la universidad, se vivió todo muy intenso en los pasillos de Trabajo”.

La última noticia que tuvo Carla sobre su denuncia penal fue una carta que le llegó a su casa a principios de 2019 dirigida a Marcelo Giménez. “Ah ¿ya no vive acá? ¿Y no lo podés contactar?” le preguntó el repartidor del Correo Argentino. En la correspondencia lo citaban a declarar, cinco años después de que Carla hiciera la denuncia.

“Sentía que los trámites en la Justicia no me servían de nada. Tenía que hacer otra cosa, me ponía mal imaginármelo caminando por la calle totalmente impune, haciéndole lo mismo a otras” cuenta.

Cuando las compañeras de Trabajo Social hicieron el es-crache, Carla se animó a hacer el suyo. Con la visibilización de los abusos, el fortalecimiento de los lazos entre las mujeres y géneros disidentes y el foco en la necesidad de sanar colectivamente, empezó en el país la búsqueda por impugnar prácticas violentas que perpetúan la opresión. En 2016 el abuso sexual fue una de las problemáticas que empezó a encabezar las marchas de la ciudad de La Plata. El lema “Ni una menos” empezaba a profundizar sus debates masivamente, el feminismo cada vez se encontraba con más pibas organizadas y con más motivos para tomar las calles. La lucha contra la violencia y por la igualdad de género de-

mostró su fuerza al unir a personas de izquierda, de derecha, a madres, a abuelas, a personas de barrios marginados, a artistas, a políticxs, a las disidencias, a dirigentes sindicales, a profesores, a estudiantes, a niñxs y adolescentes. La magnitud de llegada se volvió incalculable solo cuando se empezó a comprender que el mensaje es por y para todxs.

El relato que finalmente Carla publicó en Facebook, sobre los abusos que vivió, fue replicado por distintos medios locales digitales, dando alerta sobre el médico del reconocido hospital platense, que pidió licencia psiquiátrica en la misma semana en que se publicó el escrache.

Este último tiempo, la visibilización del abuso sexual se trasladó, sobre todo, a las redes sociales, a la creación de nuevas páginas y a grupos específicamente abiertos a la denuncia pública. Es que, desde ya hace unos años, se empezó a percibir la capacidad de la tecnología de crear nuevas formas de participación y las mujeres y disidencias vimos la potencialidad de los espacios virtuales para tomar la palabra, para hacer visibles relatos y revertir el silenciamiento.

El escrache, como herramienta discursiva no hegemónica, surgió con la falta de resolución de los problemas que prevalecen en las instituciones estatales. La antropóloga feminista, Rita Laura Segato, dice que existe una diferencia fundamental entre el escrache, nombre dado en algunos países de Sudamérica a la manifestación que denuncia una situación injusta, y el “linchamiento moral”. Mientras el primero corresponde a un justo proceso de tipo público al que la ciudadanía recurre frente a las deficiencias de la justicia del Estado, el segundo “es espontaneísta, tiene un margen de error importante, y es simplemente una acusación obedecida inmediatamente”, explicó Segato para una nota de *Palabra Pública*, una revista de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile.

“En realidad, yo primero quise publicar mi relato en la página web de ‘No nos callamos más’, hecha por pibas de La Plata que denunciaban a un rockero famoso, Cristian Aldana. Pero muchas mujeres les hablaban para lo mismo y no daban a basto para ayudarme”, cuenta Carla.

Las redes sociales, nuevos blogs y páginas webs se habían convertido en los espacios principales en los cuales hacer circular reflexiones y experiencias. Con el tiempo, estos

permitieron transformar a los testimonios en sistematizaciones colectivas de estrategias e información útil a la hora de denunciar penal y públicamente.

A nivel local, el grito de “No nos callamos más” encabezaba las manifestaciones de mujeres y disidencias, en un principio en repudio a los abusos sexuales en el rock, y luego fue extendiéndose a todos los ámbitos. Las denuncias contra el cantante de *La ola que quería ser chau*, Miguel del Pópolo, y contra el músico de El otro yo, Cristian Aldana, que finalmente fue condenado en julio de 2019, irrumpieron en simultáneo en el espacio público.

En muchas de las denuncias que aparecieron durante este último tiempo conocemos a referentes de distintos espacios culturales, con ciertos grados de poder en ámbitos académicos, sociales o políticos, y como país estuvimos presenciando un *efecto de destape de olla*. En muchos casos, la primera denuncia suele ser la punta del iceberg que incentiva a romper el silencio, y entonces aparece un número mayor de abusos.

“En los relatos de Ariel Carolina, que fue una de las pibas que estuvo muy al frente de la denuncia contra Cristian Aldana, ella contaba cómo las manipulaba psicológicamente para abusarlas. Personalmente, sus testimonios me ayudaron

a sentirme identificada, acompañada, comprendida. Fueron muchas cosas las que me hicieron querer saber más, seguir buscando páginas o blogs por el estilo. Todo eso me fue constituyendo, de alguna manera me ayudó a ver distinto lo que me pasó, me hizo entender lo que era un abuso”, cuenta ella.

Para la justicia, todavía no hay pruebas que demuestren el abuso sexual que denuncia Carla; no hay testigos suficientes, ni va a haberlos, para corroborar un hecho en el que no hubo más presentes que ella misma y Marcelo Giménez. Sin embargo, hoy ella pudo encontrar al menos un poco de amparo en el contexto, en el respaldo de sus compañeras, en las voces de aquellas personas que sí, que le creen.

—Solo quiero que no le pase a ninguna más —dice.

Cuando lea este escrito



—¡Sufro! —gritó.

Era medianoche en un cuarto poco iluminado. La única luz que había entraba por una ventana que daba a la casa de lxs vecinxs. Miranda, tirada en el colchón de una cama que ocupaba casi toda la habitación, no podía saborear lo salado de sus lágrimas que, en vez de salir de sus ojos y recorrer sus mejillas, le acariciaban la sien y caían directo sobre las sábanas.

En ese entonces, ella tenía dieciséis años y se había escapado de su casa para poder tener sexo con su novio, Lucas, un chico de su misma edad que había conocido por unos amigos en un boliche.

“Quiero hacerlo por atrás”, le había dicho él y lo intentaron. Pero enseguida Miranda sintió dolor.

—No, no. Pará.

Lucas, que estaba encima suyo mientras la sostenía de los brazos, no se detuvo.

Una pared de tablones de madera, casi tan fina como una lámina, separaba la habitación de la de al lado, donde dormían el papá y el hermano de Lucas.

—¡Me duele! ¡Sufro!

Ella sentía su cuerpo inmóvil bajo el peso de su novio. Sus piernas estaban quietas como si de repente no tuvieran fuerza para moverse.

—¡Por favor! ¡Ayuda! —empezó a gritar, pero nadie se acercó.

Sintió el sudor de su novio caer sobre su piel y, apenas lo vio desplomarse desnudo y cansado sobre el colchón, juntó sus cosas desparramadas por el pequeño cuarto y se fue.

La casa de madera prefabricada estaba sobre una calle de tierra y sin luces frente a una toma de terrenos. “Cuarenta minutos de demora tiene el remis”, le dijeron por teléfono y entonces empezó a caminar. Entre las construcciones de chapa, ladrillo y madera asomaban nylons negros y antenas de DirecTv. Las casas del asentamiento eran como la de Lucas, pero con paredes sin terminar, sin pintura y algunas sin techo.

Afuera no hacía frío pero Miranda temblaba. Caminó en la oscuridad entre calles sin nombre y a tres cuadras, bajo la

luz de un farol, encontró una parada de taxis. Atravesó mitad de la ciudad de Neuquén por la calle Chocón y, al llegar, entró sigilosa por una de las ventanas corredizas de su casa de barrio privado y pisos parqué. Fue directo hasta el baño y se miró al espejo; era ella, sus mismos rulos castaños, sus mismos ojos grises. Se sacó la bombacha y se limpió con dolor los rastros de sangre. Se sentía sucia, avergonzada.

Sentada en el inodoro escuchó ruidos que venían de la pieza de al lado. Cada fin de semana, como no la dejaban ir a lo de su novio, ella mentía que iba al boliche con sus amigas y volvía a la hora en que la fiesta terminaba. Pero esa noche Miranda había vuelto mucho antes que otras veces.

Con los intestinos revueltos, esperaba que el silencio le indicara que su mamá se había dormido cuando sintió una fuerte puntada en el estómago, la primera de muchas que seguirían durante años.

La mañana siguiente su mamá la despertó con el teléfono fijo en la mano.

—Te buscan, Miranda.

Al otro lado de la línea Lucas habló con voz suave.

—Hola, ¿estás enojada?

Era de noche y Miranda había ido a dormir a la casa de Sofía, que también tenía dieciséis años y vivía justo enfrente. Hablaban recostadas en la alfombra gris del living cuando le contó lo que le había pasado con Lucas.

—Ah... pero, eso es re común entre novixs —le dijo Sofía.

Fue con la primera y la última amiga con la que Miranda habló en su adolescencia sobre lo que ella, todavía, no percibía como una violación. En ese entonces, esa palabra no aparecía siquiera como una posibilidad.

La llamada telefónica fue uno de los últimos momentos de la relación entre ella y Lucas.

Una noche, un año más tarde, se subió a un taxi en el centro de la ciudad y se encontró, sentada detrás del volante de un Corsa amarillo, con la mamá de él.

—¿Qué pasó con Lucas, Miri? Todavía te quiere mucho, ¿sabés? —le dijo la mujer.

“Dudé en contárselo. ‘Es que tu hijo es medio violento’ llegué a decirle y me sorprendió su respuesta ‘¿Pero qué te hizo? Yo ya sé que él es violento, es igual que su papá’, me dijo”.

Miranda gritaba de dolor tirada en el piso de la sala de urgencias de un hospital público, paralizada por una puntada que la atravesaba desde el estómago hasta el ano.

Tenía veintidós años. Nadie sabía decirle qué le pasaba y todos los estudios decían lo mismo, que no tenía nada. Pero aún así sentía el dolor entrar en su cuerpo como una cuchilla afilada y ella se retorció en el suelo mientras sus tripas se estrujaban para un lado y para el otro.

A sus veintiséis sus puntadas todavía no tenían explicación, la ciencia médica no lo sabía todo y mucho menos sabía qué tenía Miranda. Una buena cantidad de estudios no podían decirle cuál era el problema, como si su cuerpo le enviara un mensaje imposible de decodificar. “Ahora veo que la asociación era evidente desde muchos lados, tardé tiempo en conectarlo y en hacerme cargo. Lo sabía pero no lo podía admitir, darle importancia. Después de muchos años, y todavía me pasa, tengo un sueño repetitivo en que alguien me va a violar y mi cuerpo pierde las fuerzas, no puedo moverme y me despierto”, dice.

Hoy Miranda tiene treinta, vive en La Plata y da clases de danzas y de gimnasia. Ya hace tiempo empezó a probar y conocer distintas terapias alternativas y sabe que todo lo

que padeció fue el resultado de su propia historia, que fue somatización, huella de dolor.

Las respuestas de la medicina tradicional nunca alcanzaron para dar cuenta de cómo la violencia podía seguir clavándose como aguja después de tantos años y el análisis de varios doctorxs no pudieron darle la ayuda que sí pudo encontrar después en el desahogo de un relato, del suyo, una tarde de verano mirando los ojos azules de su papá.

Durante mucho tiempo Miranda no estuvo segura. *¿Estaré exagerando? Pero si éramos novixs.*

Los abusos sexuales entre parejas suelen ser casos complejos de resolver. Están contemplados dentro de la Ley 26.485, Ley de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia Contra las Mujeres, pero muy pocos de ellos son denunciados, se dan en ámbitos privados, sin testigos y, encima, en un contexto en el que las relaciones sexuales son algo esperable.

La violencia contra la mujer constituye un grave problema de salud pública y una violación de los derechos humanos de

las mujeres en todo el mundo. Según un informe publicado en 2013 por la OMS, al menos el 35 % de ellas han sido víctimas de violencia física y/o sexual por parte de su pareja.

“En un delito sexual la prueba más importante es el testimonio de la *víctima*. A veces es la única prueba. Como sistema de Justicia no podemos responder que no se puede seguir adelante porque eso sería habilitar la impunidad de abusadores y violadores. Hay que investigar», explicó Mariela Labozzetta, titular de la Unidad Fiscal Especializada en Violencia contra las Mujeres, en una entrevista con *Clarín* publicada en 2019. «Se está entendiendo cada vez más que es un delito. Se abrió una olla», agregó.

“Yo sólo grité. Me acuerdo que le decía que sufría porque fue la palabra que se me ocurrió para intentar tocarle el corazón, hacer que parara. Él me tenía agarrada de los brazos con todo su peso encima mío, no usé mi cuerpo porque tampoco me sentí capaz contra él. Pero aún así algunas veces me pregunté si había sido o no una violación”, cuenta Miranda.

Es que existe la idea de que las personas, ante una situación de abuso, tienen que hacer todo lo posible para defenderse o escapar y, si no, pareciera que hubo consentimiento, que hubo libertad de decisión. “Hay un sentido común que se

construyó respecto a cómo debe actuar una mujer cuando la violan y muchas veces se terminan resolviendo casos según estereotipos. Según lo que se espera que haga una *víctima*. Cuando en realidad hay muy poco estudio, en investigación científica y estadística, respecto a cómo se dan este tipo de hechos”, dijo Carla Cerliani, abogada penalista y feminista, en un panel del “Encuentro Feminismo y Política Criminal” realizado en 2018.

Incluso pensar en la posibilidad de libertad sexual dentro de un sistema de desigualdades de géneros provoca debates dentro del movimiento feminista. Hay quienes sostienen que no se trata solamente de consentir o no, sino fundamentalmente de la posibilidad, o imposibilidad, de hacerlo. “La pretensión jurídica formal y universal del derecho a la libertad sexual choca con la realidad de las estructuras de género. Los códigos morales, sociales, culturales y de género atraviesan la aceptación femenina”, dijo en 2016 la antropóloga social Yoliliztli Pérez en un artículo sobre el consentimiento sexual en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Miranda tenía veintiocho años cuando la Asociación de Actrices Argentinas, organizadas en 2018 en apoyo al Proyecto de Ley por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, acompañó la denuncia pública de Thelma Fardín contra el actor Juan Darthés. El 11 de diciembre de ese mismo año, por primera vez en la historia del país una mujer relataba a través de una conferencia de prensa el abuso sexual que había sufrido tanto tiempo atrás.

“Si vos tuvieras unx hijx y le pasara lo que te pasó... ¿No te gustaría saberlo?”, le preguntó su hermana menor, Maite, unos días después de que se conociera la denuncia de Thelma. Su hermana, que se había acercado al feminismo con el primer “Ni Una Menos”, era la única de la familia que sabía que su novio de los dieciséis la había violado y cada tanto aprovechaba alguna juntada para sacarle el tema.

Miranda había preferido no contárselo a sus xadres y cuando se acercaba a la idea se preguntaba: ¿para qué? Después de tanto tiempo ¿de qué le podía servir a su mamá saberlo? Sólo se imaginaba causándoles angustia o culpa por algo que, en definitiva, ella ya sentía resuelto.

Hasta que encontró un para qué ese verano en que la denuncia contra Juan Darthés fue tema de discusión durante un almuerzo familiar.

—Si denunció diez años después es porque ese abuso es puro verso —dijo su papá riendo. Pedro era abogado, apasionado de los derechos humanos, un poco encorvado, con bigotes cortos y ojos azules.

Las hermanas no se miraron, pero sabían que en esa estaban juntas.

—Capaz antes no se animó a contarlo... —dijo molesta Maite.

—Encima, si hoy cuesta que nos crean imagínate hace diez años atrás —Miranda estaba más tranquila, intentaba hacerlo razonar.

—Yo también dije muchas veces que no quería, pero, en realidad... sí que quería —se ríe una de sus tías desde la punta de la mesa.

—¡Es que para mí dicen que no porque quieren que insistamos! —Pedro hablaba con euforia, tomaba vino y la discusión lo divertía.

—Papá... me hacés mal con lo que decís, pará —Maite estaba dolida, siempre había querido que su hermana pudie-

ra hablarlo con su familia y ahora, sentada al lado suyo, entendía por qué no lo había hecho.

—Si te hago mal andá al psicólogo, acá cada uno dice lo que piensa. Para mí, dicen “ay, no, no”, pero a veces quieren. ¿Cómo va a considerarse violación si la mujer ni siquiera luchó, si no se resistió físicamente?

—¡No tenés ni idea! ¡No tengo ganas de escucharte más!
—explotó Maite, se levantó y se fue.

Ese almuerzo fue el pie justo, si Miranda pensaba que su papá estaba mejor sin saberlo, ya no. “Pá, charlemos”, le dijo al otro día y fueron a tomar mates al río. Esa tarde las conversaciones fueron fluctuando de un lado a otro, el sol iba perdiéndose entre los árboles junto al Limay y ninguno parecía el momento.

—Tu hermana está exagerando, sigue enojada conmigo por lo de ayer.

Miranda cerró los ojos, después de catorce años, *es ahora*, se dijo.

Mientras hablaba veía en la cara de su papá cómo la liviandad con la que él había reflexionado sobre la denuncia de la actriz, ahora, siendo la historia de su propia hija, se le transformaba en desconsuelo.

—Y yo... todo lo que dije... perdoname —se sentía avergonzado. Pedro era el segundo familiar al que le contaba que su novio de los dieciséis años la había violado. Ella lo había visto muy pocas veces llorar, y esa fue una.

—Me hacen pensar, vos, tu hermana... —contó su papá frente a la corriente del río neuquino.—Las Madres de Plaza de Mayo aprendieron mucho de sus hijxs y de sus nietxs... Y nosotrxs, ahora, tenemos tanto que aprender de ustedes...

“Desde ese entonces el vínculo de mi papá con el feminismo fue cambiando mucho. Hoy me enorgullece y me emociona, no sólo porque pudo modificar su mirada, sino por cómo veo que le atraviesan los reclamos del movimiento”, dice.

Esas vacaciones Miranda le contó a su papá sobre su abuso y dos días después se reencontró, por primera vez en catorce años, con su violador en la puerta de un almacén de barrio.

— ¡Hola Miri!

Le habló justo antes de que entrara al mercado a comprar un agua saborizada para la cena. Ella se detuvo de gol-

pe, con los ojos muy abiertos. Recién volvía del río, llevaba puesto un pantalón de tenis largo de Pedro y una toalla mojada enrollada en la cabeza.

Lucas tomaba mate en la vereda junto a su papá, un hombre arrugado y canoso, afuera de lo que parecía ser su despensa. Ella acercó y alejó su cabeza en un intento de ver mejor o de sacudir su cerebro. El paso del tiempo era apenas visible en las líneas de la cara de Lucas y sin embargo le costó reconocerlo. Tenía la misma piel morena aceitunada, los cachetes grandes, los labios carnosos y la sonrisa de dientes chuecos.

—Hola Miri —escuchó por segunda vez.

—¡Chau! —la palabra explotó de su boca y empezó a correr.

Sus ojotas de goma chocaban contra el cemento mientras escapaba hacia el auto donde la esperaba su papá.

—¡Arracá pá, arrancá, nos vamos!

Muchas veces pensó en las distintas posibilidades, en cómo sería denunciarlo en la comisaría, en cómo podría compartirle a gente conocida un texto en el que contara todo, o qué le escribiría si le mandara una carta por correo y le explicara todo lo que había sido para ella lo que vivió des-

pués de esa noche. “Para mí siempre supo que lo que pasó no estuvo bien, pero ni ahí es consciente o se hace cargo de que fue una violación”, dice.

También se le ocurrió escracharlo y hablarle a todxs lxs amigxs de Lucas por WhatsApp; finalmente, tantas ideas y posibilidades le sirvieron para darse cuenta de que estaba bien así. “Tuve muchas ideas, pero en realidad yo ya lo sané. Hacer algo sería dedicarle una energía que no tengo ganas de poner porque yo ya lo solucioné internamente”, cuenta.

Durante mucho tiempo tuvo miedo de reconocerse, nombrarse como una “mujer violada”, miedo de que su identidad se construyera alrededor de esa imagen, “como si quedara marcada”, remarca.

Pero el nivel de exposición con el que se plantó Thelma Fardín frente a lxs 40 millones de argentinxs en la conferencia de prensa para narrar su abuso la había ayudado. “Siento que fue todo el movimiento de mujeres el que me ayudó, sentirme con respaldo, sentirme con fuerza, sentir que mis sentimientos son válidos. Y de cerca la compañía y apoyo de mi hermana que me hizo, y todavía me hace, seguir trabajando en mí y creciendo”, dice Miranda.

“Lo más importante en esta noticia -dice la antropóloga Rita Segato en una entrevista con la periodista feminista de

Página 12, Mariana Carabajal-, y lo que los medios deberían destacar y repetir sin reserva y hasta con exceso, es que quien rescata a Thelma es un grupo de mujeres, son sus pares, sus colegas, sus amigas, sus hermanas en el proceso político que estamos viviendo en Argentina y en el continente: mujer salva mujer y muestra al mundo lo que tiene que cambiar. No hay un príncipe valiente. Hay política, que es más lindo, más heroico y más verdadero”.

Miranda fue capaz de desidentificarse y entendió que ser *víctima* de abuso sexual no es una excepción, sino, quizá, la regla. El ejemplo de las actrices argentinas se convertía así útil en la historia de otras, para no saberse nunca más solas.

Si bien Miranda encontró la excusa para hablarlo con su papá, la charla con su mamá sigue pendiente. “Se va a enterar *cuando lea este escrito*, me incomoda pensar la situación de hablarlo y que se angustie, pero tampoco quiero ocultar nada”, dice.

El gordo es así



Dirigido a la Pro Secretaría de DD. HH. de la Universidad Nacional de La Plata:

Matías Naun, de 42 años, es no docente de esta Universidad, referente de una agrupación estudiantil y responsable económico y político del Espacio Cultural "Arzóbal", sede de cursos y talleres de la Secretaría de Extensión de esta facultad.

Creemos importante realizar este informe en el que a continuación expondremos las violencias ejercidas por este sujeto, con el objetivo de concientizar a las autoridades de esta institución el accionar impune, misógino y machista de este trabajador no docente.

La espuma le nublabla la vista, se refregaba los ojos con sus puños y seguía corriendo. Alina tenía veintidós años y

esa tarde cargaba agua de las canillas del barrio, igual que todxs los niñxs en el carnaval. Perseguía a sus amigxs con un balde entre las manos, pero no terminaba de acercarse a ellxs que ya lo revoleaba y mojaba a algún desconocidx, en el mejor de sus intentos; otras veces el agua sólo chocaba contra el asfalto o terminaba cayéndole encima, entonces se reía de su propia inocencia e iba por más.

“Para mí estaba siendo el mejor carnaval de mi vida”, dice y se prende un pucho en el balcón de su departamento, en el casco urbano de La Plata.

Todos los veranos, el calor de la ciudad de las diagonales reúne gente en el barrio ubicado entre Parque Saavedra y Plaza Hipólito Yrigoyen y se arma fiesta con lxs vecinxs y lxs militantes del Centro Cultural Arzóbal. Ese febrero de 2017, las calles estaban cortadas para dar paso a las comparsas y las familias que jugaban con mangueras y palan-ganas. Sobre el bulevar ancho como una avenida, se habían montado barras de cerveza, puestos de choripan y de venta de espuma, y un escenario con luces para distintas bandas locales.

Alina bailaba con su hermana, su novio y otros dos ami-gos. Los últimos rayos de sol desaparecían y la humedad se

volvía agobiante al ritmo de las trompetas de la banda platenense *Gypsi Bardo Caravan*.

—¿Me pasás una birra? —Alina se acercó al tablón largo de madera que hacía de barra.

—Pasá. Agarrá la que quieras —respondió Matías, un hombre de 45 años de barba entrecana, una panza grande y redonda y una remera gris manchada con fernet.

Él era el referente del centro cultural que organizaba el carnaval y el dirigente de la organización en la que ella militaba.

Alina dio un paso al costado y entró a la barra. Esa vez no le había tocado trabajar vendiendo en ningún puesto, sino que se había ofrecido a limpiar y ordenar antes y después del carnaval. Agarró una de las latas más frías del fondo, estaban todas dentro de un barril de plástico azul flotando entre cubos de hielo, y, antes de irse y abrir su cerveza, Matías se le acercó, la abrazó de frente, la apretó contra su cuerpo y sus pies quedaron colgando en el aire. Alina podía sentir su aliento a alcohol. Las manos de su dirigente, que la apretaban contra su panza, bajaron por su espalda y la agarraron con fuerza del culo mientras decía con acento borracho:

—Yo sé... que vos... no vas a decir nada.

Matías aflojó los brazos, la devolvió al piso y siguió atendiendo. Alina se quedó con su cerveza al lado de la barra, inmóvil, tratando de entender si lo que acababa de pasar había sido horrible o solo una pavada. Sentía que hasta el momento había vivido el carnaval con euforia y le dio miedo que el éxtasis se diluyera tan rápido. De un instante al otro, lo que antes le había parecido divertido ahora sonaba estúpido, estúpido como cargar un balde pesado durante cuerdas y correr en ojotas sólo para intentar mojar un poco a alguien.

Sintió ganas de seguir disfrutando, decidió que lo de Matías no era tan importante como para que le arruinara el carnaval y buscó a su novio para fumarse un cigarrillo en la vereda.

La noche se estaba volviendo madrugada y el festival terminaba, la gente de a poco se iba y en la calle sólo quedaban latas abolladas y un escenario vacío. Cuando algunxs de sus compañerxs ya empezaban a limpiar las veredas, escuchó que sus amigxs discutían en medio de la calle.

—¡Vos no te metas! —era el grito de Pía, su hermana.

—¡No puedo creer que no le dijiste nada! —le respondía uno de sus amigos.

—¡Pero no es tu problema! —le decía ella, enojada.

—¿Qué pasó? —Alina se acercó a ellxs.

Se quedaron en silencio.

—Dale, ¿qué pasa?

—Nada, es que recién vino Matías y le dijo a Pía... “Acordate que antes de estar con éste tenés que venir a chuparmela a mí primero”.

Alina automáticamente pensó en lo que acababa de pasarle y le pareció mejor no contarle. —Es que está re en pedo —dijo.

—¡Pero es su dirigente! —su amigo se enervaba con cada respuesta un poco más.

—Pero el gordo siempre fue así, está re escabio, no hay que darle bola —siguió ella.

—¡No puede ser así! ¡Hay que hacer algo!

Una de las prácticas más habituales que ejerce este sujeto, de la que por lo menos más de diez mujeres damos testimonio en este informe, es la violencia psicológica y verbal. Matías Naun se ha dirigido de forma violenta hacia nosotras en reiteradas ocasiones, insinuando que debíamos "chuparle la pija" en presencia de más personas y también en soledad. Al mismo tiempo ejerció hostigamien-

to, humillación y chantaje contra varias de nosotras al decirnos que debíamos "chupársela a otros hombres como estrategia política" en un marco electoral, o como "retribución de favores políticos".

Nosotras entendemos de suma importancia destacar el reiterado uso de la amenaza, vigilancia constante y coerción verbal que Matías Naun ejerce. Tampoco podemos ignorar el hecho de que esta persona incita y facilita el consumo de cocaína, incluso dentro del espacio institucional. Especialmente por este último párrafo, exigimos a este órgano de gobierno que tome cartas en el asunto y haga tratamiento de este informe con las debidas garantías de manera inmediata.

Los bombos de la batucada ya no sonaban por las calles ni lxs niñxs corrían con antiparras y aerosoles de espuma entre sus manos. El carnaval había terminado y la quietud del barrio sólo se alteraba con el motor o el ruido del freno del algún colectivo de línea. Todo había vuelto a la rutinaria cotidianidad, menos para Alina.

Ahora tiene veinticinco y hace siete años vive en el centro de la ciudad. Después de terminar el colegio en Neuquén, al igual que muchxs del interior del país, vino a la capital de la provincia para estudiar en la Universidad Nacional de La Plata y en su primer año empezó a militar en el movimiento estudiantil. Comparte alquiler con una amiga, de una de las puertas del departamento cuelga una bandera cubana, una whipala y el afiche de una mujer piquetera en tetas.

Hay que hacer algo, las palabras de su amigo resonaban en su cabeza. En la noche del carnaval no le había dado tanta relevancia, pero dos semanas después Alina le contó a su novio y a su hermana, que también militaba, que Matías Naun la había tocado. *¿Y si lo contamos en la próxima reunión?*, la idea empezaba a aparecer. “¿De verdad te parece tan importante lo que nos pasó como para romper todo dentro de la orga? ¿Qué vale esto en comparación a lo bueno que genera el chabón en la agrupación?”, le preguntaba Pía cada vez que sacaban el tema.

Pero no era la primera vez que pasaba algo así, de hecho ya estaban acostumbradas a que, después de algunas cervezas, él las acosara con comentarios. “El año anterior al carnaval, una compañera empezó a gritar en un festival que

él la había manoseado. Eso fue un sábado, el domingo ella tuvo una reunión con su papá, que era militante hace años, y con Matías. Al otro día ella decía que, en realidad, se había equivocado”.

“Pero si *el gordo es así*, ya lo sabés. Pensá que si se lo contás a todxs afectás a la militancia, al proyecto, no a Matías”, le respondieron las pocas compañeras con las que se animó a hablar. Sus respuestas evidenciaban la misma naturalización con la que Alina y su hermana pensaban a su referente hacía unas semanas atrás. “Yo ya me venía alejando de la agrupación, y al escucharlas desde afuera, a Pía y a mí nos hizo el *click* de que no podíamos volver a pisar ese espacio y de que no nos aguantábamos más que Matías tuviera ese grado de impunidad”, dice Alina.

Faltaban días para que empiecen las cursadas en su facultad. Sus compañerxs con los que militaba hacía cuatro años atrás pasaban las tardes, todavía cálidas, en el hall del centro cultural. Durante todo marzo, Alina evitó caminar por cualquier calle cercana a 19 y 63 y dejó de ir a las reuniones.

Ella había coordinado encuentros y hablado con algunxs compañerxs con la mínima esperanza de poder, ante un escenario de debates feministas cada vez más fuerte, generar otras lógicas de militancia. En algún lugar de su mente deseaba que su situación fuera un llamado de atención, que le dieran trascendencia o que echaran a su dirigente, lo que hubiese significado que esa construcción política partidaria era posible.

“Si de verdad vas a dejar la orga, habla con Matías antes de esta noche para decirle por qué. Yo mañana tengo una reunión con él y no puedo no contarle, no me pongas en esta situación incómoda, por favor”, le dijo uno de los referentes de su agrupación en el patio de la facultad.

En ese entonces, seguir las indicaciones de su compañero todavía formaba parte del imaginario de lo que “una buena militante debía hacer”. Agarró su celular y le escribió un mensaje a Matías.

Caminó hasta la casa, a dos cuadras y media de la suya, sintiendo la responsabilidad de hablar con él pero también ganas de salir corriendo. “Llegué y le toqué la puerta una vez, medio rápido. Esperé unos segundos y me volví más aliviada a mi departamento”, cuenta.

Todavía se estaba secando el pelo envuelta en una toalla húmeda, cuando escuchó un grito que venía desde la calle.

Alina se tiró rápido al piso. *¿Me habrá visto por la ventana? Seguro que sí*, pensó.

—¡Alina! —volvió a gritar frente a la puerta de entrada.

Ella y otras dos amigas quedaron en silencio. *Me tengo que sacar esto de encima*, se dijo. Se vistió y fue a abrirle mientras las demás se escondían en una habitación dejando la puerta entreabierta.

Era la primera vez que el dirigente iba a su casa y, sin embargo, cuando entró fue directo hasta la cocina, agarró el mate, sacó la yerba de la alacena y puso la pava sobre la hornalla.

—Che, tengo un laburo para ofrecerte, ¿quierés ser la niñera de mi hija?

“Me quedé dura”, dice Alina. Ella sabía que sus compañerxs ya le habían contado todo a Matías, pero igual él le ofrecía trabajo, le mostraba por qué le convenía quedarse, que le podía facilitar dinero o laburo. Varias veces a ella y a sus compañeras les pasaba así, él les daba plata, trabajos, becas. Se generaba un lazo de dependencia con la lógica de “te doy esto pero a cambio me das esto otro”.

“Le dije que no quería un laburo, le conté lo que había pasado en el carnaval y dijo ‘¡No, no puede ser!’ me siguió diciendo que esa noche estaba muy ebrio y que no se acordaba de nada”, dice Alina mientras raspa con sus dedos lo que queda de esmalte viejo en sus uñas. “Pero lo que le pareció peor de todo fue que yo quisiera dejar de militar”.

—Bueno, dejá la estudiantil pero seguí yendo al centro cultural, vemos que días vas vos y cuáles voy yo.

—No, no quiero saber más nada con estar ahí adentro.

—Una lástima perder a tan buena militante, con esto que hacés afectás a la jefa, al campo popular, no a mí —remarcó Matías.

A su vez, Matías Naun ejerce violencia económica mediante la amenaza constante de terminar con las remuneraciones económicas por el desarrollo de trabajo dentro de los servicios del Centro de Estudiantes de esta facultad. Entendemos que esto también refuerza los hechos de manipulación, ya que, además, discursivamente hace entender a las personas que sus puestos de trabajo dependen únicamente de su voluntad, vulnerando el derecho al trabajo, el acceso a becas y a la educación pública.

Las prácticas que ejerce este sujeto se encuentran agravadas por la modalidad enmarcada dentro de la violencia institucional que la Ley 26.485, Ley de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia Contra las Mujeres, concibe en su artículo 6 en la que esta persona se encuentra implicada de tres maneras distintas: como empleado de una institución pública, como referente de una organización política y como sujeto miembro de la personería jurídica del Centro Cultural "Arzóbal".

¿Denunciamos o no?, se preguntaban Alina y su hermana.

Era abril de 2017 y las calles céntricas de La Plata estaban cortadas por la aparición del cuerpo sin vida de Micaela García, una estudiante feminista de la ciudad de Gualeguay, Entre Ríos, y militante del Movimiento Evita.

Durante esos días, el debate periodístico giraba en torno a la libertad anticipada que el juez, Carlos Rossi, había otorgado un año anterior a Sebastián Wagner, condenado por abuso sexual en 2010 y posterior violador y femicida de Micaela.

En un principio, Alina y Pía habían querido mantener todo en secreto, cuidar la organización, no ir contra una militancia popular. Pero con el tiempo, la impunidad de Matías, su miedo a cruzárselo por los pasillos de la facultad, sumado al temor a que el acoso y el abuso se siguiera perpetuando en otras compañeras, las hizo cambiar de opinión.

“Si conocen más chicas que hayan pasado por estas situaciones con Matías, contáctenlas”, les dijo una abogada feminista y se comunicaron con más de quince mujeres que habían dejado de militar en su misma organización en los últimos años. Diez de ellas también habían vivido situaciones abusivas con su ex referente y aceptaron sumar sus relatos.

A fines de 2017, Alina y Pía presentaron un informe en la Prosecretaría de Derechos Humanos del Rectorado de la UNLP, un espacio interdisciplinario que se encarga de la atención y seguimiento de las denuncias por violencia de género dentro de la universidad. Liliana, una trabajadora social parte de este equipo, les propuso activar el Programa Contra la Violencia de Género que existe en la Universidad desde 2013. Es que hace unos años, en Argentina, las instituciones empezaron a crear nuevas herramientas con las que materializar su compromiso institucional y político con la pre-

vención y transversalización de la perspectiva de género. El caso de Micaela García, sumado al fallo de Lucía Pérez, en el que se absolvió de abuso sexual y femicidio a los imputados, dejaron en evidencia la necesidad de formar a los profesionales de todas las áreas del Estado en materia de género. Desde diciembre de 2018 la Ley Micaela volvió obligatoria en el país la capacitación para todxs lxs funcionarixs de la gestión pública, tanto del Poder Ejecutivo como el Legislativo y el Judicial.

“La segunda vez que fuimos a ver a Liliana, su actitud fue otra. ‘Vayan a solucionar las roscas políticas a otro lado’, nos gritó en la cara. ‘¿De qué roscas hablás?’, le preguntamos. Nosotras íbamos para pedir que nos active el protocolo de acción de la universidad. Estábamos shockeadas porque se suponía que ese era un espacio de contención, no en el que te gritan por querer denunciar. Entendimos que la habían re apretado, nos contó que hacía poco Matías había ido a verla y le dijo que sabía quién era su hija y dónde militaba, como amenazándola. Después de eso, Liliana dijo también que no nos convenía activar el Protocolo; nosotras lo queríamos activar igual y básicamente no nos dejó. En ese momento, con

Pía decidimos corrernos de ese espacio y fuimos a un juzgado de familia”, cuenta Alina.

Después de presentar el informe en la Prosecretaría, sus ex compañerxs de militancia las empezaron a maltratar, las perseguían, les gritaban por los pasillos o las rodeaban cada vez que iban a cursar solas.

En abril del 2018, Alina y su hermana consiguieron desde el Juzgado imponerle a Matías una orden de restricción de acercamiento y perimetral. Él les contestó con una carta documento por daños y perjuicios.

A Alina le tocó vivir el abuso y después el tramiterío, la aburrida espera y la frustrante burocracia. Con el paso de los meses se hacía más grande el desgaste emocional frente al descreimiento de sus propixs compañerxs. Había militado muchos años defendiendo los derechos humanos y ahora ese espacio le daba la espalda.

El 8 de noviembre de 2018, el primer día de las elecciones estudiantiles en toda la UNLP, se paró frente a las escaleras de la entrada con las manos temblando. No le daba el cuerpo para entrar al predio de su facultad. Tenía los ojos rojos,

hizo fuerza para no llorar y caminó por los pasillos en silencio. Hacía exactamente un año atrás estaba hablando con compañerxs, juntando votos y contando las propuestas de su agrupación política. Ahora, pegaba autoadhesivos en mesas, bancos y sillas de la facultad con la cara de Matías Naun y la inscripción “abusador” y repartía con sus amigxs volantes que decían “¿Sabías que el Centro de Estudiantes encubre abusadores?”.

Antes de la denuncia, ella sentía que la facultad era su casa, se pasaba todos los días hablando con alumnxs, organizando alguna charla o actividad. Después de la denuncia en el juzgado, empezó a rendir materias libres y a evitar ir a cursar sola. Cuando no estaba acompañada por algunx amigx, caminaba por los pasillos sin mirar a los costados; *entro, curso y me voy*, pensaba.

“Ese año me empezaron a hacer la vida imposible, se me fueron todas las ganas de estar ahí, de recibirme”, dice mientras arranca un papel del rollo de cocina y se seca las lágrimas. “Varias nos insultaban ofendidas porque supuestamente habíamos dicho en el informe que ellas ‘se vendían por droga’. Pero nosotras pusimos que Matías facilitaba droga, y eso es verdad, te ofrecía merca como si fuera agua”.

Las mujeres que escribimos este informe somos estudiantes de la Universidad Nacional de La Plata, pertenecientes a las facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales, Periodismo y Comunicación Social, Bellas Artes, Humanidades y Ciencias de la Educación y Trabajo Social. Decidimos mantener el anonimato debido a todas las violencias anteriormente nombradas, como medida de protección y resguardo de nuestra integridad física, psicológica, moral y cultural.

A mí lo que me salvó fue la amistad. Mis amigas fueron la verdadera sororidad, la compañía, la fuerza para pasar por esas situaciones y querer enfrentarlas. Pero al final el nivel de exposición fue muchísimo, no teníamos ni idea qué hacer para ganarle a un aparato tan grande. A él lo apartaron de la Facultad, pero siguió administrando el centro cultural. Finalmente avisamos a la Secretaría de Género de la Facultad que no íbamos a seguir pidiendo activar el Protocolo,

pero pedimos que, a cambio, no nos hostigaran más. Esa fue la negociación y hoy camino por los pasillos más tranquila.

Situación límite



Rubén Vega canta en inglés, francés, italiano, yiddish y árabe. Es platense, cantante barítono, actor y director teatral. Tiene setenta años y una melena castaña ondulada y canas que brillan como mechas platinadas. Fue reconocido por su canto y actuación por la Embajada de la República del Líbano, por UNICEF, por CÁRITAS, por la Secretaría de Cultura de la provincia de Buenos Aires y por el municipio de La Plata.

Ruben Vega escribe con humildad sus propias biografías, en las que remarca su “notoria y especial ductilidad que muestra al poder cantar, cuidando y cultivando una muy poco común calidad, un estilo único”.

El artista se subió a diversos escenarios elegantes de países europeos y participó en temporadas del Teatro Colón y del Teatro Argentino de La Plata. A pesar de haber sido denunciado en el 2014 por abusar sexualmente de una alumna menor de edad, sigue dando clases de actuación y canto a jóvenes y adolescentes. Hace ya un tiempo que se mudó a la capital del país para continuar con su carrera interpretando

obras musicales y cantando en conciertos. Rubén Vega sigue siendo, dentro del mundo artístico, todo un maestro.

Andrea no siempre se llamó así. Cuando tenía veintitrés años, después de que falleciera su mamá, empezó a pedirle a sus familiares y amigos que dejaran de llamarla María. El similar con el nombre de su papá, Mario, que hace ya tiempo dejó de vincularse con ella, no la enorgullecía. En cambio, siempre enalteció la figura de su mamá, Patricia, que dedicaba sus días a hacer artesanías sobre pasta piedra, a pintar cuadros y murales.

Hoy tiene treinta y dos, el pelo lacio, largo y castaño, una mirada profunda y piel trigueña. Vive en la ciudad de La Plata, da clases de danzas contemporáneas, de yoga, de pilates y escribe poesía.

Andrea sabe desde su infancia que lo que la mueve es el arte. Cuando iba al primario empezó a vincularse con el mundo de la danza. Pero una profesora de la Escuela de Danzas de La Plata que insistía en haberle visto potencial, también le criticaba su cuerpo y le exigía ser más flaca, más

de lo que ya era. “Mamá, no voy más”, le dijo después de cuatro años y empezó a ir a clases de artes dramáticas.

En 2002 Andrea tenía quince y ya estaba practicando su primera obra infantil “El show de los enamorados”. Pero el profesor que la dirigía dejó el proyecto meses antes de terminar de armarlo y ella y sus compañerxs, con la intención de seguir ensayando y de presentarla frente a un público, rastrearon al escritor de la obra.

Así dieron con Rubén Vega, un actor de cincuenta años quien a las semanas empezó a dirigirlxs y a darles clases de teatro. Cuando Andrea lo conoció, se sintió impactada por su presencia. La potencia de su voz inundaba los espacios, su mirada inquietante y sus pasos firmes buscaban demostrar constantemente su larga trayectoria.

Ella se sentía especial cada vez que su profesor la halagaba por su desenvoltura, por esa experiencia que trasladaba de la danza a la escena actuada. A los meses de haber empezado sus clases, la contrató como ayudante en eventos infantiles que él animaba y, más tarde, como bailarina para una obra lírica que hacía en la ciudad. Andrea se sentía una privilegiada, convocada por un artista reconocido para ser su aprendiz.

Pasaron los meses y Rubén le hizo una nueva propuesta, *Situación límite* se llamaba. Consistía en un entrenamiento individual al que las había convocado, por separado, a ella y a dos compañeras más. Sus ejercicios le prometían ‘saltar escalones hacia el profesionalismo’. “Tenés un montón de cualidades para desarrollar Andrea, mejorá y podés hacerte famosa”, le dijo Rubén y empezaron a entrenar en horarios extra.

La oscuridad era casi absoluta salvo por los rastros de sol que apenas entraban por los huecos de las persianas. Rubén había cerrado la puerta y el hermetismo lxs dejaba cara a cara en una sala típica de la arquitectura clásica platense, con pisos de madera, ventanales grandes y puertas antiguas altas hasta el techo.

Él se apoyaba en una de las paredes, con su cara ancha y sus ojos oscuros mirando a Andrea, que tenía quince años y permanecía inmóvil en la otra punta del salón.

La directiva que había dado al inicio era que el ejercicio no podía cortarse hasta terminar los tres ejes; el primero era la seducción. El profesor le hablaba con voz profunda, casi

melosa “Seducime. Para ser actriz tenés que sacarte los pudores”.

El resto de las imágenes se desenvuelven sin un orden, sin mucha claridad. Ahora son como borrones en la mente de Andrea que ya no hace el intento, con lo que se acuerda le alcanza.

Aunque no lo desee, todavía algunas frases le quedan dando vueltas en la memoria.

“Vamos a representar un escena de violencia entre un dictador y una secuestrada”. El ejercicio cobraba intensidad y el primer eje derivaba así en el segundo: la violencia.

“¿Vos acá sos mía, lo entendés?”, su tono de voz se volvía cada vez más denso y oscuro. Rubén recorrió el aula hasta llegar al cuerpo de su alumna. Con una mano que simulaba ser un arma la amenazó apuntándole a la cabeza. La secuencia parecía tan real que lograba que Andrea se quedara sin palabras, con el cuerpo pegado a la pared, y entonces la sumisión formaba parte de la escena. “¡Sacate eso! ¡Sacátele ahora, es una orden!”, gritaba Rubén, el dictador, con su boca grande de labios gruesos y ella trataba de adaptarse, improvisar.

Andrea se sacó la remera. Intentaba que su pelo largo cubriera sus pezones oscuros y alguna que otra lágrima. “Para ser actriz tengo que sacarme los pudores”, se repetía.

Lo que antes era un arma ahora era la mano de un hombre de cincuenta años que subía lentamente por el cuerpo desnudo de su alumna desde su pubis hasta llegar a su cuello. El profesor le exigió resistencia y ella lo intentó. “¿Te gusta esto?”, le preguntó mientras sus dedos cortaban la respiración de Andrea cada vez más.

En las demás escenas la manipulación se desarrolló con éxito. Con una gradualidad casi perversamente artística, la relación profesor-aprendiz derivó en la obediencia absoluta.

“Tengo todas las imágenes muy difusas. Sé que lxs dos nos quedamos desnudos por completo y de alguna forma terminamos en el piso, él encima mío. En estos años no pude recordar bien si hubo o no penetración, creo que como estrategia de cuidado personal fui borrando detalles. Sí sé que esa tarde él me hizo sexo oral e hizo que yo se lo hiciera también”.

Las situaciones límites se ejercitaban todos los lunes, una hora antes de la clase grupal en el centro cultural La Casa del Viento. “Para mí fue muy claro a las personas que eligió invitar, primero a una chica de dieciocho años que era virgen y súper católica. Después me dijo a mí, que tenía todas las ambiciones de ser actriz famosa, y años después supe que también convocó a algunos compañeros homosexuales”, dice Andrea.

El salón de ensayo era un espacio rectangular con pisos de madera y barras de danza amuradas a la pared. Antes de empezar la clase, Rubén cerraba la puerta con llave, trababa las persianas y ponía música. Los ejercicios se dividían en tres partes: seducción, violencia y desnudez. Cada clase él le proponía montar una pequeña obra que duraba alrededor de cincuenta minutos, sin cortes ni interrupciones, todo ocurría entre lxs dos.

Rubén proponía cuáles iban a ser los roles, las propuestas variaban, cambiaba la historia y los personajes, pero la idea central siempre era la misma. Cada eje tenía que derivar del anterior, la seducción desencadenaba la violencia y la violencia en la desnudez.

“A mí me costaba mucho sacarme la ropa y también verlo desnudo a él, dentro mío sabía que algo de todo eso estaba

mal, me parecía muy raro ocultárselo a mi mamá”, dice Andrea, que sentía que cada semana empeoraba, que clase a clase cada eje se volvía más difícil de atravesar. “El arte es difícil, me tengo que superar”, pensaba.

“Seguí así, consejo de padre”, le solía decir.

Después de la *desnudez*, se vestían e iban a la cocina por un vaso de agua. Ahí empezaba el último de los ejes, el que no tenía nombre y del que Andrea no era consciente: la manipulación psicológica.

Rubén se sentaba sobre la mesada de mármol, bajaba la mirada para verla a los ojos y le decía con voz suave: “Hay que ser respetuoso con los ejercicios y mantenerlos en secreto, para que no se entorpezcan. Vas a llegar lejos”.

“Para mí lo que me decía en la cocina era tan fuerte como lo que hacíamos dentro de la sala. Ahí me hacía el trabajo fino necesario para que yo siguiera inserta en esa movida y no le contara a nadie. Me quería convencer de que lo que hacíamos era increíble”, cuenta Andrea.

Ella nunca se sintió del todo cómoda con la propuesta y, sin embargo, había algo de su profesor que la cautivaba,

confiaba en que al lado suyo podía desarrollar su camino profesional.

Ahora, de vez en cuando, habla y en sus ojos se ve, cuando se le tilda la mirada, cómo ciertos recuerdos le vuelven a la mente. “Yo sentía un montón de miedo cuando estaba cerca de él, pero ya estaba metida en ese juego, lo único que podía hacer era esperar a que termine el año, que es lo que hice, y no volver nunca más”.

“¿Cómo que no vas a seguir?”, Andrea se encerró en su habitación para que nadie escuchara la conversación y los gritos de Rubén al otro lado del teléfono. Había entrenado con él las situaciones límite durante los últimos cuatro meses del 2002 y cuando llegó el receso de verano se convenció de no volver a verlo. “Me dijo que, por lo menos, tenía que seguir trabajando en las obras infantiles, que no podía dejar. Yo le contesté que no, fui suave, pero le repetí que no. Fue la primera vez que me planté, no tenía mucha idea de porqué lo hacía y hasta me sentía un poco culpable”, recuerda.

“¿Qué te pasa? Algo te pasa María”, se dio cuenta un novio suyo tiempo después. Porque en ese entonces Andrea era María y María nunca había contado todo lo vivido con su profesor, pero los recuerdos igual los guardaba en el cuerpo, en la vergüenza que le tenía a la desnudez, en su vagina, en la dificultad de disfrutar su sexualidad.

“¿Por qué no le contás a tu mamá?”, le propuso él.

“No sé si tenía una piedra o una montaña adentro mío, que cuando hablé con mi vieja pude liberar. Estaba muy avergonzada. Me acuerdo que ella estuvo muy angustiada pero igual nunca se le ocurrió denunciarlo o hacer algo, pero porque antes ni se nos ocurría, mi mamá no tenía las herramientas. En ese momento el tema de la denuncia no era algo muy imaginable y afrontar esa exposición era bastante más difícil”, dice Andrea.

Durante los años siguientes al abuso intentó anular muchos recuerdos, sin embargo, cada vez que pensaba en Rubén Vega sentía culpa. Andrea responsabilizaba a su sed de aprendizaje y a su ambición artística, nadie la había obligado. Y estos eran sus sentires en su adolescencia porque, en ese entonces, en Argentina no se hablaba de patriarcado como ahora, ni en las calles ni en ningún medio masivo. Lo

más común era que, para entender si una situación había sido abuso o no, se preguntara lo que hoy la lucha de las mujeres logró que se escuche como una bestialidad: cómo iba vestida la víctima, qué hacía sola, o porqué no se resistió.

Recién hacía muy pocos años, en abril de 1999, regía la Ley 25.087, impulsada en gran parte por la cantidad de demandas de los movimientos feministas, que modificaba la forma de nombrar a los crímenes de abuso sexual. Dejaron de entenderse como “delitos contra la honestidad” para llamarse “delitos contra la integridad sexual”. Antes, la idea de honestidad consideraba a las agresiones sexuales como una ofensa al honor del varón y no como un atentado al cuerpo y a la sexualidad de la *víctima*, casi siempre mujer.

—¿Tu novio te toca así? —el médico apretó sus senos con las manos cubiertas en guantes de látex.

Andrea ahora tenía veintitrés y sintió que alguien le ponía *play* a la misma película de unos años atrás. La trama era, en esencia, la misma. Lo único que había cambiado era ella.

—No tengo novio y a vos te voy a denunciar —le contestó.

Recostada sobre la camilla, las manos del médico homeópata, que siempre había atendido a toda su familia, fueron la gota que rebalsó el vaso. Un abuso que trajo a escena al otro, al que había roto los sueños de la Andrea adolescente.

“Me movilizó el asco y la bronca. Esa vez mi médico me dio el pie y las ganas para denunciar no sólo a él, sino a los dos”. Andrea encontró en internet a “La Marejada”, un colectivo que brinda acompañamiento y asesoramiento legal en casos de violencia de género, y una abogada feminista la ayudó a preparar la declaración que presentó en la Comisaría de la Mujer días después. “Estuve como seis horas contando todo lo que viví con Rubén. Cuando quise denunciar también al médico la milica me dijo ‘pero esto no es un abuso, esto no es nada’, y el tipo me había manoseado toda, hasta me metió sus dedos adentro de mi boca. Le insistí pidiéndole que tuviera empatía conmigo, de mujer a mujer, pero no hubo caso”.

Al año siguiente, en 2011, le notificaron que la causa contra Rubén había prescrito. Es que recién en 2015 el sistema judicial argentino entendió que el paso del tiempo no debe ser sinónimo de impunidad en los abusos sexuales. En noviembre de ese mismo año empezó a regir la Ley de Respeto

a las Víctimas y con ella cambió el paradigma para abordar estos delitos, ya que posibilitó que se investiguen sin que el transcurso del tiempo sea un obstáculo.

Ese 2011 Andrea se presentó en la fiscalía de calle 7 y 56 de La Plata con un amigo y su hermana; presentar testigxs era la única estrategia que podía funcionar para reactivar la causa. La abogada del colectivo “La Marejada” la acompañó durante toda esa tarde, Andrea se sentía contenida.

Subieron las escalinatas de la entrada, pasaron entre dos columnas blancas, siguieron hasta las escaleras y atravesaron pasillos oscuros con paredes grises descascaradas. Llegaron hasta la oficina y esperaron; las declaraciones se realizaban de a unx y por separado.

— ¿Tu mamá te dejaba ir a teatro? —le preguntó la fiscal que rondaba los cincuenta años.

— Sí, claro.

La oficina olía a encierro y a humedad.

— ¿Ella te mandó con ese profesor?

— ¿Qué me querés decir? ¿Vos no dejarías ir a tus hijas a teatro?

— No, no las dejaría.

Andrea respondía y hacía fuerza para no mostrar sus ojos húmedos. Se imaginó lo que debía estar pensando la fiscal, que era una provocadora y una inconsciente que a los quince años se había encerrado en un cuarto con un profesor para hacer teatro. Que no sólo consintió todo lo que le pasó sino que no abandonó a tiempo y que, encima, ahora pretendía denunciarlo.

— ¿Tu mamá se enteró de lo que te pasó?

— Sí, le conté después.

— Cuando terminaste las clases.

— Sí.

— ¿Y qué te dijo?

— “¡Qué hijo de puta!”

— ¿Y no hicieron nada?

— Lloramos ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

— ¿No se le ocurrió llevarte a denunciar?

— No.

— ¿Y tu papá?

— No sé cuándo fue la última vez que lo vi.

Esa mujer, la puerta de acceso a la justicia que se sentaba detrás de un escritorio, le hablaba de la culpa, pregunta a pregunta las representaba, a ella y a su mamá, como las responsables de lo sucedido.

La fiscal le dijo que ya había pasado muchos años y que encima no tenía pruebas, que le parecía difícil que la causa avanzara. Andrea seguía apretando los ojos para no llorar, sabía lo que estaba pasando, que no solo había sido *víctima* de Rubén Vega sino que ahora también de la funcionaria pública que tomaba nota.

Es que los estereotipos que establecen cuáles deben ser los comportamientos de las mujeres en sus relaciones interpersonales pueden definir las conductas de los fiscales, policías, juezas y jueces. Los patrones socioculturales pueden causar una falta de credibilidad en la *víctima*, “incluso una asunción tácita de responsabilidad de ella por los hechos, ya sea por su forma de vestir, por su conducta sexual o por su parentesco con el agresor”, dice la Corte Interamericana en un informe elaborado en 2007.

— ¿Y vos no te dabas cuenta de lo que te hacía?

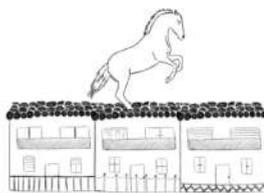
- En el momento no, me di cuenta después.
- ¿Entonces por qué dejaste pasar tanto tiempo?
- ¿Vos creés que yo me lo busqué o que estoy mintiendo?
- Eso lo dirá el juez.

“Fui sólo esa vez a la fiscalía. Aunque me sentí revictimizada y aunque no pasó gran cosa con la denuncia, a mí me sirvió, porque después de eso lo llamaron a Rubén Vega para que presentara su declaración. Osea, al menos se enteró de que lo había denunciado y tuvo que presentar un abogadx, que igual no necesitó explicar demasiado porque argumentó que el delito había prescrito y eso fue suficiente para no tener que decir nada más”, cuenta Andrea.

En los años siguientes se le ocurrió hacer pública su denuncia y escrachar a Rubén junto con un colectivo de actrices platenses para advertir a sus alumnxs, pero finalmente desistió. El nivel de exposición al que tenía que enfrentarse era demasiado. “Estuve yendo y viniendo con la situación, hasta que me di cuenta que no tenía ganas. Hoy me siento tratando de acomodar el tema desde otro lugar, siento que lo estoy sanando, trasmutando, que encontré la fortaleza y

estuve aprendiendo para poder acompañar y ayudar a otras amigas y compañeras. Pero ya desde un lugar distinto, mucho más vinculado a mi lenguaje, que es el movimiento, la danza y el yoga. Sentí que la denuncia, lo discursivo, lo legal, sumó y aprendí mucho. Pero yo necesité, y necesito, ir a lo profundo, ir a la raíz”, dice.

Caballito empoderado



El auto avanzaba sobre la Ruta Nacional N° 3 desde la capital de la provincia de Buenos Aires en dirección al sur de la Patagonia. Clara observaba a través de la ventanilla cómo caía el sol a medida que se acercaba a su pueblo rionegrino. Lamarque será no sólo la tierra donde nació, sino el lugar que dará nombre y simbolismo a gran parte de sus luchas.

—¿Viste el escrache a Borrelli, el mecánico?

Sentada en el asiento trasero del auto, a Clara se le paró el corazón. Los dos hombres del Valle Medio con los que viajaba hablaban de su tío.

Era diciembre de 2018 y a ella no le había alcanzado para el colectivo. En una página de internet encontró gente que viajaba a Río Negro y que se ofrecía a llevarla compartiendo gastos.

—Mi tía le alquila el taller —volvió a hablar el más joven de los dos—. Yo le dije a mi mamá, ¡hay que echarlo a la mierda!

Quedaban pocos kilómetros de viaje en una noche de luna llena, inmensa y amarilla. Los álamos, que protegían

a las plantaciones del viento, se veían como siluetas negras y el reflejo del cielo volvía a la superficie del río color plata fundida.

—Che... fui yo la del escrache —Clara había viajado casi muda escuchando la conversación de los desconocidos—. Échenlo del taller al forro ese.

La cocina de su casa es angosta con alacenas marrones de chapa antigua y sobre la mesada de mármol hay una pastalinda. Clara lleva puesto un delantal amarillo mientras divide los sorrentinos que vende para llegar a pagar el alquiler y los guarda en bolsitas de nylon.

Tiene veintidós, es de Lamarque y hace cuatro años que vive en La Plata. Alquila una casa antigua en el corazón de una manzana del barrio Mondongo con un par de compañeras, estudia Trabajo Social y milita en una organización feminista, ayudando a mujeres a practicarse abortos clandestinos de forma segura con misoprostol.

Sus ojos son marrones claros y su flequillo recto y verde hace juego con el pañuelo de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito que cuelga en la

ventana de su habitación. Contra una de las paredes, su ropa, doblada y apilada en una vieja estantería que hace de armario, tiene la marca del tiempo en forma de pequeñas bolitas de algodón y de lycra.

Clara nació en 1998 cuando el fracaso del modelo neoliberal estaba a punto de hacer volar el país por los aires. La pizza con champagne de la década menemista se había podrido junto al índice de pobreza que, por esa época, el Banco Mundial declaraba alcanzar el 36 %. Ella y su familia formaban parte de ese porcentaje de argentinxs que la crisis expulsaba del sistema. Para el 2001 sus xadres ya se habían separado, después de años de desempleo y de pasar noches trabajando en las calles. Su mamá, Norma, con tres trabajos apenas pudo arreglárselas para alimentar a sus cuatro hijas; su papá se mantuvo al margen, sumergido en la depresión que ahogaba a los hombres que habían formado parte de la clase trabajadora.

Clara recuerda pasar sus tardes al cuidado de sus tíxs que viajaban veinte kilómetros desde Choele Choel hasta Lamarque cada vez que Norma salía a trabajar.

—Estás sola. Soy lo único que tienen en el mundo —le decía Omar, su tío político, mecánico de la policía y posterior pastor de la iglesia Renuevo del Cielo.

“Tengo grabado el recuerdo de un almuerzo, cuando nosotras todavía no habíamos contado lo que él nos hacía y la familia seguía encontrándose los domingos. Esa vez todxs estaban terminando de comer y él se puso a hablar sobre la Iglesia”, cuenta Clara. “Yo me había levantado antes, estaba en el sillón mirando tele y paré la oreja. Decía que él antes tenía un demonio adentro, que era casi un depravado, que miraba a una mujer y la desnudaba con la mirada, pero que ahora, con ayuda del ‘Señor’, estaba venciendo a ese demonio. Nadie le contestó nada”.

La relación abuso sexual e iglesia es histórica. La actual crisis por la pedofilia de los prelados atraviesa todo el mundo. De hecho, en febrero de 2019, el papa Francisco reunió a los 112 titulares de los Episcopados nacionales para debatir “la protección de menores”. Ni la Argentina ni la región de La Plata son ajenas a esta problemática. Si bien no existen registros oficiales, *La Nación* dio a conocer un relevamiento en el que dio cuenta de al menos 63 denuncias contra obispos argentinos realizadas desde 2002, la mayoría de ellas con más de un denunciante. Esta lista dio a conocer que sólo

ocho de ellos recibieron condena judicial y apenas tres perdieron su condición clerical por decisión de la Iglesia.

“No decimos que todos los curas o las monjas sean abusadores. Pero tampoco aceptamos que, como quieren hacerle creer a la sociedad, son casos aislados”, dijo la fundadora de la Red Argentina de Sobrevivientes de Abuso Eclesiástico de La Plata, Julieta Añazco, en una entrevista con la revista *Pulseada*. “Es un efecto dominó: los denunciantes de Grassi nos han dado a otrxs la fuerza para comenzar a hablar”, remarcó.

“Me lo imagino en la Iglesia y me da asco”, remarca Clara. “Para mí él es un tipo muy inteligente, se la veía venir. No sólo empezó a ir a la Iglesia y se hizo pastor sino que también es mecánico de la policía. Resguardado por las dos instituciones en las que se fue a meter”, dice.

“Yo lo quería un montón, me ponía contenta cuando venía a mi casa, sentía que era la única persona en mi familia que me quería. En ese momento yo no entendía por qué pero siempre me pedía que lo perdonara. Todo el tiempo me decía

‘perdón sobrina, sabés que yo te amo’. Pedía perdón, iba a la Iglesia y después seguía haciendo cualquiera”, dice Clara.

Cuando tenía doce años la más grande de sus hermanas tenía veintitrés y a Omar la edad le daba igual. “Vamos a dormir la siesta”, “Vení que te hago masajes”. Podía pasar tanto en su casa como en la de sus tíos o en la de su abuela. Él las manoseaba o entraba en sus habitaciones mientras su esposa, su cuñada y su suegra se quedaban hablando en la cocina.

“Mis hermanas ya eran grandes y no decían nada. Yo ahora tengo veintiuno y no me imagino callándome ni a paños”, dice.

Ya pasaron casi cinco años de la primera marcha nacional por el Ni Una Menos. Clara pertenece a la generación de pibas que vieron su juventud directamente atravesada por la urgencia de pensar en la desigualdad de género, es parte de ese movimiento que hoy consigue trasladar sus formas de entender el mundo hacia todas las esferas y espacios de discusión, rompiendo fronteras de clase y de edad.

“Si lo pensamos, hace diez años atrás la diferencia era un montón”, dice mientras corta un pedazo de cartón de un maple de huevos que va a usar como filtro en su cigarro arma-

do. “Ahora imagínate que todas mis hermanas se hicieron feministas”.

Era un domingo al mediodía; la casa de su abuela olía a tuco y a cigarrillos, “todavía falta para la comida”, le dijo su tía desde la cocina. Clara fue hasta la habitación de sus abuelxs y se tiró a dormir boca abajo sobre el colchón, con una calza negra y su camiseta roja y azul del Club Atlético Lamarque. Tenía los ojos cerrados y estaba a punto de dormirse cuando el peso del cuerpo del hombre de cincuenta y dos años hundió el colchón. Su tío era casi tan alto y grande como un jugador de básquet profesional; de hecho, ese era uno de sus hobbies cuando no estaba en la Iglesia o cuando no trabajaba en el taller. Con la palma ennegrecida y callosa, Omar le agarró el culo y lo apretó entre sus dedos.

Clara tenía doce años, apenas un metro treinta de altura y unas manos muy pequeñas. Como si una corriente eléctrica sacudiera su cuerpo, saltó enseguida de la cama, se dio media vuelta y revoleó una piña a la altura del hombro de su tío.

—Nunca más me tocás —le dijo.

—¡Ah bueno! ¡Cómo estamos! —contestó él.

Ella se levantó de la cama, fue para el comedor y se quedó callada, al igual que todas en su familia cuando Omar opinaba sobre las tetas de alguna o cuando les apoyaba el pene parado.

“Eran cosas ya naturalizadas. Entre tantas mujeres con historias de violencia ¿quién de nosotras en la familia era la más abusada?”, se pregunta.

La habían cambiado de escuela en cuarto grado por ser “machona” y pegarse con un compañero. Empezó quinto en la Escuela Provincial N° 345 y en sexto conoció a Soraya, la primera profesora que les habló del cuerpo, de las zonas erógenas y de la autoexploración. No tuvieron más que cinco o seis clases de Educación Sexual, pero fueron suficientes para que Clara pudiera asociar lo que hablaban en el aula con lo que pasaba en su casa, para entender que los ruidos que hacía Omar eran gemidos.

Justamente, un punto fuerte dentro de los lineamientos de la Ley de Educación Sexual Integral (ESI) es la prevención del abuso sexual infantil ya que reconoce la importancia de comprender los límites del cuerpo y de decidir sobre él.

“Un par de clases hablando de sexualidad y...”, chasquea los dedos, “me cayó la ficha”.

Con doce años a Clara “le cayó la ficha” y con el tiempo supo que las fichas eran varias. Después de ese día no volvió a aceptar ir con él a dormir la siesta.

“Hoy me doy cuenta que la piña que le tiré fue, en algún sentido, gracias a la ESI”.

Pero no todxs reconocen en la educación sexual una necesidad. Pese a que en 2006 se aprobó la ley, en muchos lugares del país no se aplica. De hecho, según el Ministerio de Educación, en el 2016 el presupuesto destinado a su implementación cayó 12 millones de pesos respecto al 2015, año en que asumió el presidente Mauricio Macri.

En octubre de 2018 el Congreso Nacional, a través de la modificación del artículo 72 del Código Penal argentino, convirtió al abuso sexual infantil en un delito público, obligando al Estado a investigarlo de oficio.

“Antes, la necesidad de que el padre, madre o tutxr de la *víctima* ratificara la denuncia terminaba siendo un obstáculo para que haya justicia. Lamentablemente, en el 90 % de los casos el abusador es un familiar varón. En consecuencia, se denuncia apenas el 10 % de los casos y se condena menos

del 1 %”, publicó en ese mismo mes la Red por la Infancia, que impulsó la modificación de la ley, en sus redes sociales.

En la actualidad, al ser un delito de instancia pública, el Estado tiene la obligación de investigar cualquier denuncia de abuso sexual contra niñas y adolescentes. Esto resultó una victoria para los sectores que luchan por sus derechos ya que, según la Organización Mundial de la Salud, una de cada cinco niñas y uno de cada trece niños son *víctimas* de un delito de índole sexual.

“El abuso más *heavy* si se quiere lo viví en mi casa. Pero también en mi adolescencia con amigos, en boliches con desconocidos, en la música, todas situaciones abusivas que estaban naturalizadas”, dice Clara.

Las veces que tocaba el bajo en algún escenario del Valle Medio, le era común escuchar gritos del público en una especie de fetiche pedófilo a lo Guillermo Francella: “Cómo me calienta que seas una nena”. Unos años después, dejó de tocar.

“Acá en La Plata empecé clases de bajo. Copado mi profesor, pero muy chabón. El día después de la media sanción

del proyecto de Ley del Aborto le dejé de hablar”, dice Clara, toma un mate amargo y succiona fuerte de una bombilla tapada.

Recién volvía a La Plata de la vigilia del 13 de junio de 2018, organizada frente al Congreso de la Nación. “Ya era tarde, le dije a mi profesor de bajo que me había pasado toda la noche en el Congreso”, cuenta. A Clara todavía le quedaban restos de glitter verde en su cara y en su cuerpo la sensación de estar viviendo algo histórico: 129 votos a favor, 125 en contra y una abstención, la media sanción del proyecto era efectiva¹. Pero la respuesta que recibió, y que ella hoy imita poniendo la voz grave y un poco torpe, fue “Bueno Clarita, si no te lo vas a tomar en serio yo te diría que ya fueron las clases”.

“Chabón, ¿me estás jodiendo? ¿Tenés algún registro de lo que pasó anoche? Yo venía *caballito empoderado*. Andate a la concha de la lora, le dije y no fui más”.

1 Finalmente, en septiembre de ese mismo año la Cámara de Senadores rechazó la legalización del aborto. Desde la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito esperan que el proyecto llegue de vuelta al Congreso en 2020.

El día que Clara dijo, “sí, a mí también me pasó”, se acordó de dos o tres situaciones y listo. Asumió que en la casa de sus tíos le había pasado más cosas, pero no quiso saber cuáles. No siguió hurgando en la caja de recuerdos; tenía miedo de encontrar algo que después no pudiera volver a olvidarse.

“Borrar cosas de la mente fue como un mecanismo inconsciente”, remarca. Hoy sabe que su memoria quiso hacerle un favor. No recuerda las cosas con precisión ni con un orden cronológico y, de hecho, intenta no hacerlo, como si el olvido a veces fuera un aliado. La mayoría de las imágenes le volvieron mientras vomitaba palabras en el *Word* de su primera computadora, una *netbook* del plan estatal Conectar Igualdad, mientras redactaba lo que luego tendría que declarar en la Casa de la Mujer de Choele Choel. Cuando terminó de escribir le mandó el archivo a Amanda, su hermana mayor.

—¿En serio no te acordás de nada más? —le preguntó a Clara a través del teléfono.

A diferencia de ella, Amanda tiene la mente y los recuerdos mucho más frescos. Para Clara, que todavía no encuentra cronología en su memoria, no existe tal cosa como “un primer abuso”, es que fueron muchos. En la denuncia escri-

bió que las situaciones abusivas empezaron a los cinco años “pero bien podrían haber empezado a los dos” dice.

Esa noche hablando con su hermana le volvieron los recuerdos. “De los besos con lengua, de esos sí que no me acordaba”, cuenta y aunque arruga la frente y la nariz, lo hace a la ligera, como si hablara del olor a cloaca que a veces se siente por las calles de la ciudad de La Plata.

—No saben qué asco, las cosas que me hizo acordar mi hermana —le dijo a sus amigas después de cortar el teléfono con Amanda.

Se sirvió vino en un vaso, habló con ellas un rato y se tiró en su cama. “Lloré un poco y después seguí escribiendo la denuncia intentando poner la mayor cantidad de detalles, porque mientras más morbo y detallismo más bola le dan a tu caso”, dice.

—No sé cómo hacés para estar contenta —le dijo una de sus concubinas la mañana siguiente, cuando la vio esperando la pava frente a la hornalla tarareando una canción.

“Me quedé pensando y le hablé a la psicóloga: *Yo me siento bien, ¿será que no estoy trabajando lo del abuso? ¿Está mal que yo esté bien?* Y me respondió lo que yo pensaba,

que por qué tendría que estar mal, entonces me sentí mejor. Pero de nuevo lo hablé con mi amiga y volvió a ser raro”.

—Mmm... Para mi tenés un montón de cosas para trabajar ahí que capaz estas tapando... No me parece muy buena tu psicóloga —le dijo.

Clara habla sin dudar, fuerte y haciendo honor a su nombre. Cuenta su historia y en sus gestos no hay rastros de dolor, de angustia. “No me parte al medio hablar del abuso”, dice. “Es algo que nos pasa a casi todas en menor o mayor medida. Si no tenés a un tío que te abusa en la casa tenés a un compañero que te maltrata en la escuela o un profesor que te hace chistes sobre tu cuerpo”.

Hace menos de dos años hizo la denuncia penal y un escrache en las redes sociales y aún así no suele hablar de su abuso para no incomodar a lxs demás, porque se sienten mal al escucharla, o por evitar que le digan “si a mí me pasa eso yo me muero”, como le dijeron una vez.

“Y no, no te morís. Mi amiga me ponía en *víctima*, si no me dolía era porque no estaba sanando. ¿O estás como el culo o dudan de tus procesos? Puede ser que alguien viva el abuso como algo traumático, pero no todas las personas lo vivimos de esa forma”, dice.

Cuando Clara y sus hermanas decidieron denunciar a Omar, lo primero que pensaron fue en ver a su tía y en cuidar a sus primxs de ocho y trece años. “Queríamos buscarle la vuelta de tuerca para sacarla a ella de esa situación. Pero me junté a hablar y me dijo que lo elegía a él. ‘¿No te das cuenta a la persona que estás eligiendo?’”, le contesté, pero como mis primxs decían que Omar nunca lxs había tocado, mi tía me hablaba de Dios y de proteger a su familia. ‘Él antes estaba muy mal, está cambiando, ir la Iglesia lo está ayudando’, me repetía y no paraba de llorar. Todo esto pasó cuando en mi familia se destapó la olla y unx a unx se fueron enterando”, cuenta Clara.

Después de que sus sobrinas lo acusaran frente a la familia, el pastor del Centro Cristiano Renuevo del Cielo y mecánico de la comisaría choelense, le prometió a su esposa que con fe y yendo a misa iban a encontrar la salvación. Dejó de ser un simple creyente y se convirtió en pastor.

“¿Y vos qué hiciste para que él te hiciera eso?”, le dijeron los párrocos a la hermana de Clara el día que se acercó a hablar a la Iglesia donde era, y todavía es, pastor Omar.

La frase resuena con la de Mirtha Legrand, cuando, en uno de sus almuerzos, después de que la cantante Laura Miller denunciara a su ex marido por violencia de género, le preguntó: “¿Vos que hacías para que te pegara?”.

“Vivimos en sociedades que nos enseñan a no ser violadas en vez de educar a varones para que no sean violadores”, dice la abogada feminista Ileana Arduino, en la nota “La mala víctima”, publicada en la revista digital *Anfibia*, en la que analiza y reflexiona el tratamiento mediático que tuvo el caso de Melina Romero.

“La vida de Melina Romero, de 17 años, no tiene rumbo”, fue el título de la nota del diario *Clarín* que se refería a la joven como “una fanática de los boliches, que abandonó la secundaria”.

Los pastores de la Iglesia respondían igual que Mirtha Legrand y que *Clarín*, convirtiendo a Melina en la culpable de su desaparición y en su posterior femicidio, a Laura Miller como la provocadora de la violencia recibida, y a Clara y a sus hermanas culpables de haber sido abusadas por su propio tío.

Era diciembre del 2018 y la denuncia de Thelma Fardín se repetía en todos los medios de comunicación.

“No lo puedo creer, estoy cansada, escrachémoslo”, le pidió su hermana al teléfono.

Para Clara, la denuncia penal les había servido como una estrategia para que el escrache, que tarde o temprano pensaba hacer, tuviera más peso.

¿Dónde, cómo y cuándo escrachar? Habló con compañeras de una organización feminista de su pueblo y le aconsejaron hacer una publicación en sus redes a las nueve en punto esa misma noche, de forma anónima. “Me dijeron que lo mejor era organizar a todxs mis conocidxs en un mismo horario para que tuviera más llegada”, cuenta.

Clara releyó el escrache un par de veces y lo guardó en su celular. Le avisó a amigxs y conocidxs el horario pautado, agarró su riñonera y se fue a tomar una cerveza. La batería del celular estaba en rojo, lo dejó a un lado; todavía faltaba media hora. *¿Y si nadie lo comparte?* pensaba sentada en una mesa de Plutón, un bar en el que las pibas que atienden usan pañuelos verdes y strasses de colores. Pidió una IPA y se armó un tabaco, la noche estaba hermosa. Miró el celu-

lar, faltaba un minuto. Con la última raya de batería apretó “compartir” y el celular se apagó.

Llegué a casa, me estaban esperando para cenar mis amigas y terminamos sin querer en una pijamada feminista. Me levanté al otro día y el primer pensamiento que se me cruzó por la cabeza fue imaginarme que esa noche Omar había dormido mal y que lo iba a invadir la sensación de ser señalado cuando fuera a comprar pan para desayunar. Me reí a carcajadas, canté una canción femininja a gritos mientras controlaba cómo se compartía cada vez más el posteo. Cuatrocientas personas primero, después seiscientas, ochocientas, mil.

Más tarde una amiga me trajo a casa una sorpresa, un altar de bolsillo que era una vela que tenía la cara de Evita con la frase “Todas juntas triunfaremos”. Venía también con un papelito en blanco para escribir un deseo y quemarlo con la llama que daba justo a la mirada de la querida Evita.

La palabra “patriarcado” entraba perfecta en ese pedacito de papel.

EPÍLOGO

Hasta la fecha, ninguno de los acusados que aparecen en este libro fueron condenados ni imputados a un juicio. A excepción de Miranda, la única que decidió no hacer una denuncia penal, todas se encontraron con procesos tediosos y con trabas burocráticas. Finalmente, no tuvieron las pruebas ni lxs testigxs suficientes que se exigen para demostrar un delito; lo único con lo que contaban era con su palabra.

El interés de estas páginas estuvo en reconstruir una porción de este contexto en el que se empezaron a romper las lógicas de encubrimiento y en el que la olla se destapó, con las victorias y las frustraciones que eso conlleva. Sin embargo, entendemos que existe una complejidad para tratar los casos de abuso sexual que hace necesario seguir profundizando en la problemática. Por un lado, la Justicia es la institución que debe garantizar nuestros derechos y, si bien es deficiente, es necesario seguir disputándole sentido; pero, por el otro, la violencia a las mujeres es un problema estructural que mani-

fiesta las desigualdades de poder, por lo que creemos que ni la denuncia ni la cárcel son la única solución.

El feminismo fue sin duda muy influyente en las experiencias de todas las que prestaron sus testimonios y recuperamos sus voces no sólo por ellas sino por todxs, porque el abuso sexual es un conflicto político en nuestra sociedad.

Sin embargo, tenemos en claro que estas cinco historias reflejan solo una porción de la realidad que atravesamos muchas mujeres. Por fuera de ellas quedan muchos otros casos, como, por ejemplo, los que devienen en femicidio, o como los que reflejan las violencias sexuales y de odio que reciben las travestis, trans, gays, lesbianas y todos los cuerpos no heteronormados.

Efecto destape es un material creado en pos de que la temática siga en discusión y de que sus relatos puedan contribuir a la concientización que todo cambio social y cultural necesita. Tiene la intención de ser transparente a su contexto, en tanto convivimos con un feminismo cuyo horizonte ideal aún no está delimitado, donde no hay un modelo definido que tenga todas las respuestas a sus preguntas. Ese modelo no lo conocemos todavía, pero, como dice Rita Segato, sí tenemos en claro que lo estamos construyendo.

ÍNDICE

Prefacio.....	7
Aclaraciones.....	11
Lo que nosotras sabemos.....	13
Cuando lea este escrito.....	33
El gordo es así.....	51
Situación límite.....	71
Caballito empoderado.....	91
Epílogo.....	111



Efecto Destape: Crónicas sobre abuso sexual articula la demanda de un movimiento que crece en Argentina bajo la denuncia pública de las violencias que sufrimos las mujeres. Los testimonios forman parte de la construcción de una memoria colectiva sobre los propios padeceres que son invisibilizados socialmente y permiten la puesta en palabras como acto reparador. A su vez, ponen en perspectiva los imaginarios sociales con respecto a la violencia sexual. Frente a esta proyección casi cinematográfica, resulta contundente reconocer que la mayoría de estos abusos se dan en los marcos de la intimidad y en el entramado familiar.

Las autoras de este libro han realizado entrevistas a mujeres que contaron sus dolorosas experiencias. Este tipo de relatos exige una escucha activa desde un compromiso profesional y ético de las escritoras para con la historia de cada persona, pero también para comprender desde cerca lo que la violencia sexual desencadena en las víctimas. Ante la agenda mediática espectacularizada, que exhibe hechos de violencia por razones de género como casos aislados y sin convocatoria a la reflexión social, este libro propone un abordaje responsable desde una perspectiva feminista.

A través de una escritura cautivante y respetuosa de las personas que han decidido dar testimonio, las autoras ponen en valor este tipo de relatos e interpelan a lxs lectorxs habilitando prácticas de reflexión colectiva para tejer caminos hacia la igualdad y la erradicación de las violencias.

La transformación social se liga íntimamente a la posibilidad de poner en agenda pública las historias silenciadas, como acto ético y organizativo, como contribución a procesos. Comunicar estos hechos otorga dimensión a la problemática y pone en circulación pública crímenes condenados al secreto. Este libro de crónicas propone sacar al abuso sexual del tabú, generando un aporte indispensable: comunicar es comenzar a prevenir.

Dra. Marianela García
Directora del Observatorio de Comunicación,
Estudios de Género y Movimientos Feministas
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
UNLP

